

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1925 Lunes 3 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** *El nombre de Bolivia*, por Max Grillo.—*A vosotras, madres*, por Alberto Masferrer.—*La Alsacia-Lorena de Sudamérica*, por William E. Shea.—*El pañuelo*, por Joaquín Quijano Mantilla.—*Párrafos*, por Ernest Wood.—*El Comité francés de Estudios sobre la Sociedad de Naciones*, por A. de Lapradelle.—*La voz de Clavé*, por Luis de Zulueta.—*El verbo cobrar y su alcance jurídico*, por Ricardo Jiménez.—*Página lírica*, de Julián Marchena.—*Pequeños motivos*, por Flor de Luna.—*Un estudiante peruano en el destierro se dirige al Rresidente Leguía*, por Jorge Guillermo Leguía Iturrigui.—*El ocaso de Gandhi*, por César Falcon.

Si penúltimo en obtener la independencia, el pueblo alto peruano fué el primero en proclamarla definitivamente en el acta de 16 de Julio de 1810, sellada en La Paz, más tarde, con sangre de precursores.

En el Altiplano, centro principal de la población aborigen; en los deliciosos valles en donde demora Sucre, la de los cuatro nombres, doctoral y risueña y la heroica Cochabamba, pelearon sin tregua durante varios lustros, unidos alto peruanos y argentinos en persecución de la independencia del extenso y rico país que había de llevar en un día de gloria el nombre del epónimo Bolívar.

Predestinado estaba el Libertador desde el día, en que Atahualpa ensangrentó la tierra, víctima de la violencia, a ser el vengador de los incas, según la inspiración del poeta, homérica digno del héroe.

La ardua empresa realizóla su genio por medio del brazo de sus Tenientes. Designios de una providencia, cuyas determinaciones misteriosas alimentan la esperanza en los mortales y hacen resplandecer las frentes de ciertos elegidos. Separándonos de las pragmáticas de la filosofía de contornos positivos, tenemos que convenir en que hay momentos en la historia de los pueblos señalados en una como antelación divina o inexcrutable por algo superior a la voluntad humana. Ignoramos lo que preceda en el laboratorio de la vida a la gestación del genio. Vemos su poder o su armonía, que crea mundos, o urde sueños de una trascendencia incalculable; y cuando semejante coincidencia de fuerzas psíquicas en un cerebro, desaparece en la desarmonía de la muerte, nos quedamos perplejos ante un montón de cenizas que no parece haber sido envoltura de tan poderosas acciones, o de armonías tan múltiples y pujantes. Tal debieron pensar aquellos que un día en la catedral de Santa Marta abrieron el sarcófago en donde se depositaron los restos de Simón Bolívar. ¿Dónde estaban la energía soberana y el ensueño aquilino de aquel libertador de naciones, creador de Bolivia?

Hay momentos históricos fatalmente preparados por las fuerzas divinas y humanas; por las fuerzas del Espíritu que rige las leyes eternas.

Tal fué aquella hora en que se decidió la suerte de América en las cumbres peruanas. Ni las maquinaciones de los desleales, ni las cobardes complacencias de unos, ni los desfallecimientos de otros; ni la desigualdad en el número de los contendores; ni las mismas faltas de los caudillos de la libertad, pudieron desviar de su curso la rueda de la fortuna.

Había llegado el instante de la suprema recompensa,

## El nombre de Bolivia

Por MAX GRILLO

dádiva no siempre concedida por el destino a los mejores en energías y en alientos.

Ayacucho corona la constancia de Colombia; las virtudes

del genio; la pericia del general y la bravura de sus soldados. En su ascensión heroica, los libertadores habían escalado la cima más alta. En la cumbre del Illampu podían contemplar a Chimborazo resplandeciendo sobre un mundo emancipado de un poder duro como la misma naturaleza, que España había sojuzgado con sus centauros indomables. Desde las riberas del mar y los plácidos alcores, en veces enervantes de la Ciudad de los Reyes, habían subido hasta las cumbres heladas en donde, eternamente blanco, vela el Illimani. En la última etapa, Bolívar, el de múltiples facetas diamantinas, tendría, a la sombra de aquellos montes inaccesibles, la apoteosis suprema. Por ley de ritmo—a que no escaparon ni los antiguos dioses—allí debía empezar la hora de su declinación.

El 6 de agosto de 1825, la asamblea de los pueblos del Alto Perú, proclamó la creación de una nueva república con el nombre de Bolívar. Éste, que por una consciente adivinación de las dotes militares de Sucre, había cedido el mando a su Teniente en la campaña libertadora, esperaba en Arequipa, impaciente y un si no es celoso de las glorias del vencedor de Ayacucho. Esperaba noticias de Colombia y de Buenos Aires para cruzar el Desaguadero, libre de inquietudes de orden político, y ansioso de ascender, frenético de ensueño, con la bandera que años antes había prometido clavar con su propio brazo en la cumbre argentífera del Potosí legendario.

Si el César romano apenas vaciló mientras su corcel abrevaba en las aguas del simbólico riachuelo, antes de repasarlo con sus legiones, desafiando el mandato del Senado: el César colombiano, evocando quizá la sombra del conquistador de las Galias, contenía sus deseos impetuosos. Si no había sido imprudente la marcha de Sucre en seguimiento de los restos del ejército peninsular, por tratarse meramente de operaciones militares, contempladas en el pacto de alianza celebrado entre Colombia y las Provincias Unidas del Río de la Plata, el paso del Desaguadero, límite reconocido entre los dominios de los virreinos del Perú y Buenos Aires, efectuado por Bolívar traería complicaciones, puesto que el Alto Perú hacía parte integrante del segundo de tales virreinos. El Libertador era ciertamente el Generalísimo de los ejércitos unidos, pero, además, poseía una doble investidura: era Presidente titular de Colombia y Director del Perú. La ley de la primera no lo había autorizado para salir más allá de los dominios de la nación peruana. Si César temía al Senado y a su amigo